

Estrategias de lucha por la Soberanía Alimentaria de mujeres organizadas en el Sur y el Norte: dos casos del Perú y el País Vasco

Leticia Urretabizkaia Gil

Universidad del País Vasco (UPV- EHU)

Abstract: Las mujeres campesinas comparten desigualdades y luchas como la Soberanía Alimentaria a lo largo y ancho del globo. Esta comunicación nos brinda el acercamiento a dos organizaciones que forman parte del mundo común de La Vía Campesina pero que provienen de mundos diversos como los denominados Sur y Norte globales: la FENMUCARINAP (Federación Nacional de Mujeres Campesinas, Indígenas, Nativas y Asalariadas del Perú) y las mujeres del sindicato agrario EHNE (Euskal Herriko Nekazarien Elkarte- Unión de Campesinos/as del País Vasco). De la mano de un diálogo comparativo veremos qué aprendizajes y reflexiones podemos extrapolar de sus vivencias, organizaciones y estrategias para las luchas por la tierra en América Latina y en el mundo global.

Palabras clave: mujeres campesinas, Soberanía Alimentaria, feminismos.

I. Introducción

Actualmente como sabemos estamos en un mundo globalizado que ocasiona desigualdades y luchas que se comparten a lo largo y ancho del globo. Es así que resulta vital conocer estos procesos para comprender el mundo actual. Un claro ejemplo de ello lo constituyen las múltiples vivencias de las mujeres que trabajan en el sector agrario. En general, comparten una situación común de desigualdad que se expresa de diferentes maneras teniendo en cuenta condicionantes históricos, sociales, culturales y globales, lo que les hace también compartir reivindicaciones, estrategias y en definitiva luchas como la de la Soberanía Alimentaria.

Esta comunicación pretende acercarse a las vivencias y estrategias de estas mujeres en dos organizaciones que forman parte del mundo común de La Vía Campesina pero que provienen de mundos diversos como los denominados Sur y Norte globales. El acercamiento a estos casos responde a la síntesis de resultados de dos investigaciones con enfoque cualitativo y participativo mediante el cual sean las propias mujeres quienes cuenten su historia. De la mano de un diálogo comparativo, analizaremos los casos de la FENMUCARINAP (Federación Nacional de Mujeres Campesinas, Indígenas, Nativas y Asalariadas del Perú) y las mujeres que forman parte del sindicato agrario EHNE (Euskal Herriko Nekazarien Elkarte- Unión de Campesinos/as del País Vasco).

Para ello, en un primer momento contextualizaremos este análisis comparativo explicando el proceso metodológico y vivencial que lo ha acompañado. En segundo lugar daremos algunas pinceladas del contexto global y local en el que nos situamos, para ver cómo esto se traduce en las vidas de las mujeres. La propuesta de la Soberanía Alimentaria nos presentará un camino de solución y a las organizaciones a las que dan vida estas mujeres. Todo ello nos permitirá destacar algunos de los aprendizajes y reflexiones que nos brindan para poder aportar en el debate de las luchas por la tierra en América Latina y en el mundo global.

II. De un libro sin querer a un libro deseado

El camino recorrido hasta llegar a la presente comunicación ha supuesto la retroalimentación de los discursos y prácticas de la academia con los propios de la tierra y las calles, a través de diferentes paradas. Comienza en 2011 con la culminación de la tesis de maestría del Postgrado en Globalización y Desarrollo realizado en el Instituto Hegoa de la Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV- EHU). Con ánimo de conocer la situación e incidencia política de las mujeres baserritarras¹, se lleva a cabo un proceso de entrevistas con participantes activas en el sindicato agrario EHNE en las cuatro provincias del denominado Hego Euskal Herria² (Bizkaia, Gipuzkoa, Araba y Nafarroa). Sin ser el objetivo inicial de esta investigación, un resumen de sus resultados termina siendo parte de un libro subvencionado por el Instituto Vasco de la Mujer- Emakunde (Urretabizkaia, 2012). Esto permite que esta investigación salga del espacio académico a las calles para ser distribuida de manera gratuita y presentada en diferentes puntos del estado español, dando lugar a espacios de debate con colectivos, movimientos sociales e instituciones interesadas en el tema. De vuelta a la academia con los aprendizajes de este proceso, se constata la necesidad de confluencia entre propuestas transformadoras y complementarias (Urretabizkaia, 2013 y 2015) y en concreto se conoce el avance y potencia de la Economía Social y Solidaria a través de la Red de Economía Alternativa y Solidaria (REAS, 2011), por lo que surge el interés de inspeccionar cómo se están articulando estas economías alternativas en otras partes del planeta y si incluyen las demandas y necesidades de las mujeres urbanas y rurales. Estas inquietudes terminan por concretarse en un proyecto de tesis doctoral cuyo trabajo de campo se centra en Perú, Bolivia y Ecuador, gracias a una beca de la Agencia Española de Cooperación y Desarrollo (AECID). Durante la estancia en Lima se establece contacto con la FENMUCARINAP y su propuesta de apoyarlas para escribir el libro de su 10º aniversario, lo que da comienzo a un proceso de entrevistas con las dirigentas y las personas y organizaciones que les han acompañado en este caminar.

¹ El término “baserritarra” se refiere aquellas personas que dan vida a los baserris, que son las casas de campo tradicionales vascas. Utilizaremos este término en euskera al referirnos a las mujeres vascas, en lugar del término en castellano “campesinas” ya que es con el que se sienten más identificadas.

² Esta denominación en euskera hace referencia a la zona sur del “País Vasco”, considerándolo en toda su magnitud histórica más allá de las fronteras actuales que lo han dividido en dos como parte de los estados francés y español.

Es en estas dos investigaciones en que se va a basar esta comunicación. Como vemos, la primera surge de un interés académico por suplir la falta de información existente sobre las situaciones y luchas de las mujeres del entorno agrario vasco, mientras en el segundo caso, el interés surge de las propias mujeres por recoger el proceso vivido en la propia organización. Podemos decir, que en el primer caso se realiza una fotografía de una situación desconocida, que nos brinda ante todo información sobre las vivencias de las mujeres en el entorno agrario mientras en el segundo se trata de sistematizar un proceso bien conocido, que nos aporta información sobre las vivencias de las mujeres en relación a la organización a la que dan vida. Además, en ambos casos podemos apreciar diferencias en las relaciones establecidas entre investigadora e investigadas. Mientras en el primer caso nos encontramos con un proceso menos interactivo y más acotado a través de entrevistas en profundidad con un guión semiestructurado y orientativo decidido a priori, en el segundo caso, nos encontramos con un protagonismo total de las mujeres a la hora de decidir metodologías, ritmos y necesidades de información. Se trata de la evolución propia de un replanteamiento personal y epistemológico sobre las relaciones de poder que funcionan en la sociedad y en la academia como reflejo de ésta, para experimentar la manera de reducirlas en la práctica.

A pesar de los malentendidos que suscita, en especial en los países andinos a los que me he podido acercar, o precisamente por ellos es necesario partir de reconocer que la mirada y epistemología que acompañan estas reflexiones no es otra que la feminista³. Partir de esta constatación supone reconocer los “conocimientos situados” (Haraway, 1995) de los que parto como persona investigadora e inevitablemente subjetiva. Tradicionalmente se ha venido considerando la mirada de la ciencia, la academia, las estructuras sociales y las personas que las representan objetiva, omnisciente y omnipresente. Esto esconde los intereses y relaciones de poder conscientes o inconscientes que subyacen en objetivos, hipótesis y análisis de resultados. Desde esta perspectiva no es casual que en ambas investigaciones sean las mujeres las protagonistas. Se trata en primer lugar de conocer las visiones y participaciones de las mujeres como par complementario necesario en luchas, discursos y prácticas y suplir esa carencia en los análisis y escritos tradicionalmente elaborados por y para hombres y por tanto con un claro sesgo androcéntrico. En segundo lugar se trata de pasar de considerarlas “objetos pasivos de conocimiento” como viene haciendo la ciencia convencional, a tratarlas como “sujetas activas de conocimiento”. Esto supone reconocer como investigadora que no soy yo quien crea el conocimiento sino ellas. Y a la hora de considerarlas protagonistas de la investigación no se trata solo de hablar de ellas, sino de fundamentar el análisis en aquello que ellas quieren destacar, considerando que sus percepciones y vivencias son tanto o más válidas que los análisis tradicionales llevados a cabo desde academias y despachos. Es así que las principales referencias de esta comunicación serán las palabras de las mujeres como conocimiento creado por ellas de manera legítima y emancipadora, así como de aquellas personas que las han acompañado. A

³ Dado que los límites de tiempo y espacio de esta Conferencia no permiten profundizar en el rico desarrollo argumentativo en torno a las metodologías y epistemologías feministas se recomiendan una autora clásica como Sandra Harding (1987) y una actual como Bárbara Biglia (2014) para quien quiera introducirse en conocerlas.

todas estas personas debo agradecer reflexiones e ideas que aparecerán a continuación.

III. Del contexto mundial a los contextos locales

“Somos importantes, ¿qué sería de la población sin producir alimentos?”

Mujer Baserritarra

El contexto mundial en el que nos encontramos viene determinado por la conjunción de neoliberalismo, capitalismo, patriarcado y globalización que provoca relaciones de dominación y discriminaciones interseccionadas (Platero, 2014) para las mujeres campesinas. A grandes rasgos, podemos encontrar la discriminación que supone ser campesinas en un mundo en el que las grandes empresas agroindustriales dominan la producción, distribución y venta de los alimentos apoyadas por los gobiernos. Por otro lado, nos encontramos con la discriminación de ser alimentadoras en un mundo en el que la alimentación se considera una mercancía más con la que especular y no garante de las vidas de las personas. Y por último la de ser mujeres en un mundo patriarcal en el que se suman las consecuencias concretas para ellas de las discriminaciones mencionadas. Sin dejar de mencionar las discriminaciones raciales y étnicas que acompañan a estos procesos sobre todo en los países del Sur, en este apartado vamos a dar unas breves pinceladas del contexto en el que se encuentran como agricultoras, para profundizar acerca de cómo todo ello se traduce en sus vidas como mujeres y como alimentadoras en los siguientes apartados.

El Perú es considerado un país soberano situado al oeste de América del Sur, con una extensión de 1.285.216 km², donde se estima que viven alrededor de 30.800.000 habitantes (INEI, 2009). Por su parte, el País Vasco es considerada una comunidad autónoma del Estado Español, situada al sur de Europa, que ocupa 7.234 km², donde se estima que viven en torno a 2.200.000 habitantes (EUSTAT, 2015). En el Perú ancestralmente la población ha venido agrupándose en comunidades que funcionan con su propia organización en armonía con la Pachamama⁴, mientras en el País Vasco ancestralmente la población se articula en torno a los baserris, que son las casas que albergan a las familias extensas donde en busca de la autosuficiencia se coopera entre familias y en armonía con Amalurra⁵. Las grandes extensiones de territorio del Perú dan cobijo a multitud de ecosistemas que a su vez albergan una gran diversidad biológica y mineral, y posibilita gran diversidad y cantidad de cultivos para el consumo interno y externo. Sin embargo, la presión sobre el uso del suelo del pequeño y superpoblado País Vasco ha ido llevando a que la importancia concedida a la tierra como garante de la alimentación de los habitantes vaya perdiendo terreno a favor del desarrollo industrial, comercial, urbanístico y de transporte, lo que ha hecho que en los últimos diez años desaparezcan la mitad de los baserris y que por tanto el País Vasco no tenga capacidad de autoabastecerse de alimento.

En ambos casos, la gran agricultura para la exportación se encuentra subsidiada por los gobiernos dada la importancia concedida al mercado

⁴ Madre Tierra para la cultura andina.

⁵ Madre Tierra para la cultura vasca.

internacional en contra de los mercados locales. Mientras en el Perú, la agroexportación paga la mitad del impuesto a la renta, tiene un régimen laboral especial con derechos recortados para las personas trabajadoras y cuenta con agua subsidiada en un alto porcentaje (Grupo Género y Economía, 2013), en el País Vasco se cuenta con la Política Agraria Comunitaria, que como parte fundamental de la estrategia fundacional de la unión comunitaria europea fomenta un modelo agroindustrial para que Europa también pueda proveer al mercado mundial de alimentos y no solo ser consumidora. Por el contrario, la producción campesina no cuenta con políticas públicas que la promocionen ni apoyos institucionales, bajo la consideración general de que no es rentable ni extensible a las demandas sociales. Esto dificulta unas condiciones de vida dignas para las personas campesinas en ambos contextos, donde encontramos a grandes rasgos un sector agrícola empobrecido, de difícil acceso y escaso relevo generacional. En cuanto a las organizaciones para canalizar las demandas que posibiliten la mejora de sus condiciones, en el Perú encontramos una gran tradición de lucha campesina actualmente debilitada y en el País Vasco una escasa articulación del campesinado, que como reducido sector social no tiene fuerza política para generar procesos de cambio. Ambas sociedades han vivido conflictos armados internos que han colaborado a la fragmentación y polarización del tejido social. Veamos cómo todo esto se traduce en el día a día de las mujeres.

IV. Vivencias de las mujeres “que han venido peleando con la vida”

*“Cuántas mujeres hay tras de mí con la misma necesidad de aprender,
la misma situación de violencia y las mismas problemáticas
que cada una de nosotras pasamos”*
Campesina indígena peruana

Podemos encontrar muestras de estos contextos locales en las vivencias de las mujeres entrevistadas. En el caso peruano podemos observar las desoladoras consecuencias de la minería y el cambio climático, mientras las vascas nos brindan ejemplos de la dificultad de emprender y llevar a cabo un modelo productivo ligado a la tierra. Las mujeres peruanas que viven cercanas a las minas nos proporcionan desgarradores testimonios sobre las malformaciones con que nacen sus criaturas y sobre las cantidades de plomo en sangre de los habitantes mientras a otras les afectan las sequías, heladas y cambios en las floraciones y cosechas que trae consigo el famoso cambio climático que no han provocado⁶. Las agricultoras vascas nos muestran el enfoque turístico que se da al mundo rural y a las ferias campesinas, como algo más folklórico y cultural que mercantil y alimentario. Así, a la dureza y polivalencia de la vida campesina han de sumarle el esfuerzo de buscar cauces de venta o cerrar el ciclo productivo para poder dar un valor añadido al producto, como sector minoritario social poco valorado y reconocido.

⁶ Así lo expresa una de las mujeres entrevistadas en la Cumbre de los Pueblos contra el Cambio Climático en diciembre de 2014 en Lima: “Estos países grandes que contaminan no se queda en sus fronteras, por el aire viene. La contaminación no tiene fronteras, a todos los pueblos nos afecta, a todas las personas y eso es lo que nosotras reclamamos”.

Además de esta complicada situación como agricultoras, encontramos sorprendentes similitudes en las dificultades con las que tienen que lidiar como mujeres en el interior de baseris, comunidades y organizaciones. En ambos casos, las mujeres trabajan al interior de los hogares como todas las mujeres, pero también en los trabajos del campo como una extensión de su rol de trabajadoras del hogar. Al igual que estos trabajos no son reconocidos, tampoco lo son los trabajos productivos que realizan, que son considerados complemento o ayuda familiar. Así, se encuentran dificultades para ser consideradas sujetas activas de la actividad agropecuaria y de ser reconocidas social, económica y jurídicamente, por lo que tienden a trabajar sin remuneración, cotización ni seguro derivado. Las vascas nos dan muestras de esto en la medida en que han tenido que luchar frontal e individualmente con las administraciones pertinentes para poder liderar una actividad agropecuaria independiente de sus compañeros, mientras en los casos en que estas actividades se comparten con ellos, suelen ser ellas quienes quedan privadas de la cotización a la seguridad social y de reconocimiento legal ante la imposibilidad de poder permitirse duplicar gastos. Además tanto en el Perú como en el País Vasco siguen sin tener un igual acceso a la tierra y a la titularidad de la misma. Todo ello les dificulta contar con los medios suficientes para tener autonomía económica y personal y acceder a espacios de participación e incidencia y genera una dependencia de esposos y compañeros que resulta especialmente preocupante en los casos de violencia de género como grandes tabúes presentes en los baseris, pueblos y comunidades, de los que cuesta hablar y mucho más establecer mecanismos para solucionarlos. De ello encontramos muestras en las vivencias de las mujeres peruanas que nos hablan de la violencia que en muchos casos han tenido que enfrentar por parte de esposos que no comprenden ni aceptan que salgan de los hogares para participar en organizaciones. Es lo que una de ellas llama "*celos de pareja y de poder*", pero que no ha amedrentado a las mujeres entrevistadas ante la firme convicción de saberse haciendo lo correcto. Así nos lo explica otra: "*lo que me estás pegando sana en unos días pero nunca se va a quitar lo que estoy aprendiendo para mis hijos y contagiar a más mujeres*". También nos muestran la falta de apoyo de las autoridades y los problemas con que se encuentran al querer denunciar estas situaciones. Ante este panorama no es de extrañar la falta de autoestima de las mujeres campesinas tanto en el Norte como en el Sur ni "*el mundo de hombres*" que son las organizaciones campesinas donde son ellos quienes tienden a participar activamente.

El aislamiento propio de los mundos rurales es alimentado por el abandono de discursos y análisis urbanos que monopolizan y universalizan sus resultados. Todo ello fomenta que prevalezcan costumbres y prácticas con las que las mujeres se tienen que enfrentar en solitario. En este sentido, en el campo peruano encontramos que persiste una exigencia explícita de que las mujeres permanezcan en los hogares y de que sean los hombres quienes a priori decidan sobre las vidas y cuerpos de las mujeres a base de argumentos tan contundentes como: "*tú eres mi mujer y eres de mi propiedad*". Ante esta perspectiva, tienden a ser privadas de educación formal considerada innecesaria para la vida que les espera y el hecho de estar hablando con un hombre puede ser motivo suficiente para que sea su futuro marido ante la amenaza de difamar la dignidad familiar. En el País Vasco podemos considerar

que estas tendencias son menos explícitas. El discurso políticamente correcto que se maneja a nivel social y al interior de los hogares y el foco de atención y censura contra los discursos y prácticas que persisten en el Sur, desvía la atención sobre los propios mecanismos que subordinan a las mujeres en el Norte. Así, en el interior de los hogares vascos no hay una exigencia explícita de que las mujeres permanezcan en los hogares pero permanecen igualmente. Así lo expresa una de ellas: *“la única diferencia que veo es que nuestros padres podían exigir a nuestras madres y nuestros compañeros a nosotras no, pero no hay más diferencias. Yo llevo la casa, los hijos y la mayoría de las cosas”*. Ante esta falta de evidencia explícita entran en juego relaciones de poder menos evidentes, que son difíciles de identificar, visibilizar y por tanto solucionar. Esto deriva en conflictos personales para las mujeres baserritarras que lidian con la culpabilidad y las crisis de identidad por tener que priorizar forzosamente su papel de madres y esposas sobre el de ser agricultoras, sin que queden claros los mecanismos que lo están propiciando. Ejemplo de ello también lo encontramos en la manera en que se utiliza la imagen de las mujeres, *“desvinculando nuestra presencia y esencia reales”*⁷. Así, para el imaginario colectivo las baserritarras son mujeres fuertes y con capacidad de decisión, e incluso se difunde la creencia de la existencia del *“matriarcado vasco”* en los baserris. Esta distorsión de la realidad esconde los mecanismos de subordinación que persisten en los campos.

Uno de los más evidentes tanto en el Perú como en el País Vasco es la sobrecarga de trabajos de las mujeres que les dificulta su implicación política. Las peruanas nos muestran los malabarismos que son capaces de realizar en esa lucha con el tiempo para poder llegar a todo, sacrificando sus horas de descanso nocturno para limpiar la ropa, alimentar animales y preparar comida. Al fin y al cabo como opina una de ellas *“Yo siempre he dicho que para ser una buena dirigente tenemos que ser una buena madre, esposa, amiga y líder”*. Las mujeres vascas encuentran más dificultades para conciliar su implicación política con sus vidas en los baserris ya que no están dispuestas a llevar a cabo esos sacrificios ni a cumplir los mismos niveles de exigencia. Así lo expresa una de ellas: *“Nos están vendiendo un mundo que no sé si podemos. Yo no quiero ser esa súper mujer que puede con todo y llega a casa y encima hace unas croquetas estupendas”*. Esto nos muestra una valoración del tiempo propio y de ocio diferenciada en ambos contextos. Las vascas se ven influenciadas por las reflexiones propias del Norte que generan sospechas ante cualquier nueva sobrecarga para las mujeres tras los aprendizajes de la supuesta liberación de las mujeres que al incorporarse al mercado laboral sin un reparto socialmente responsable de los trabajos domésticos y de cuidados, se han visto sobrecargadas con el cumplimiento de una doble y triple jornada.

Antes estas dificultades, las mujeres llevan a cabo estrategias individuales y colectivas. Parten de las redes de apoyo mutuo que las mujeres forman históricamente en todas las partes del globo como única manera de sobrellevar su situación. En los casos que nos ocupan, ayuda la cercanía de

⁷ Palabras de Belen Berdugo, dirigente del colectivo de mujeres CERES (Confederación de Mujeres del Mundo Rural) dentro del sindicato agrario COAG (Coordinadora de Agricultores y Ganaderos en el Estado Español), en su ponencia del 07/04/2012 en el Encuentro Internacional “Feminismo y Soberanía Alimentaria” organizado por Mundubat en Bilbao.

los pueblos y comunidades en contraposición del anonimato y desconexión entre las personas de las ciudades, como lo expresa una de las mujeres peruanas: *“nosotras en una comunidad y en un pueblo aprendemos a convivir, a vivir, a relacionarnos para cuidarnos unos a otros”*. En concreto las peruanas también destacan en muchos casos el apoyo de hijos e hijas, que van siendo socializados/as de manera diferente a la de sus predecesores/as para que todos/as se involucren en los trabajos del hogar. Es lo que una de ellas llama *“educar al hijo desde niño para que sea gente”*. En cuanto a los principales trabajos que necesitan apoyo, las peruanas destacan las chacras, cocinar y los animales mientras las vascas destacan especialmente los cuidados de personas mayores y pequeñas. Y es que en el Norte son los espacios de los hogares los que se consideran propios de los cuidados, dificultando a las mujeres que los llevan a cabo el acceso a otros espacios. Sin embargo, en el Sur las mujeres tienden a llevarse a las criaturas pequeñas allá donde vayan para que no entorpezcan su libertad de movimiento. Así lo expresa una de las peruanas: *“a los talleres llevaba a mi bebe y en mi falda se dormía y en su espalda se escribía”*. A pesar de estas diferencias propias de lugares tan alejados, encontramos una similitud evidente en la insostenibilidad de la vida de estas mujeres. Ante la injusticia de que caiga la responsabilidad sobre sus hombros de los cambios en roles, imaginarios y costumbres sociales, se plantea la necesidad de una propuesta holística que responsabilice a toda la sociedad de la mejora de esta situación.

V. La Soberanía Alimentaria y su rostro de mujer

“Más de la mitad de la comida que se produce es de manera campesina pequeña y la producen las mujeres. Todas las personas llevamos una mujer campesina dentro y si hoy en día todavía tenemos semillas es por el trabajo que han hecho ellas durante siglos”.

Mujer baserritarra

La propuesta que encontramos como alternativa de mejora a múltiples niveles es la Soberanía Alimentaria. Empieza por demandar el respeto y el fomento de las prácticas locales en torno a la agroalimentación como la venta directa y de cercanía y las prácticas agrícolas ancestrales respetuosas con las personas y el medio ambiente, en contra de la imposición agroindustrial global. Tanto en Perú como en el País Vasco no hay más que ir a un mercado para ver cómo son ellas quienes tienden a realizar la venta directa con las personas consumidoras, ir a una chacra o a una huerta para ver cómo son ellas quienes habitualmente se encargan de las huertas para autoconsumo diversificadas y los animales pequeños, y entrar en un hogar para ver que son ellas quienes se encargan de alimentar. De hecho, se considera que las mujeres abastecen entre el 60 y el 80% de la producción alimenticia de los países más pobres y alrededor del 50% mundial (León y Senra, 2009), a pesar de que no se reconoce la importancia que tiene para el desarrollo humano global. Es un claro ejemplo de la falta de importancia que se concede a aquellos bienes y servicios que no pasan por el mercado pero que son fundamentales para sostener la vida de las personas y que históricamente los vienen realizando las mujeres por mandato social. En concreto, el ejemplo de la alimentación nos muestra de manera clara y espeluznante las consecuencias que se derivan de ello. La consideración de la alimentación como una mercancía más con la que especular por parte del mercado global y sus principales sujetos nos ha llevado

a una crisis alimentaria mundial de difícil solución si no se invierten las relaciones de poder subyacentes.

La Soberanía Alimentaria nos brinda una manera de invertir estas relaciones de poder partiendo de revalorizar todas estas prácticas que tiene que ver con las funciones que históricamente han realizado las mujeres en los baserris y en las comunidades y que se van afianzando en diferentes procesos históricos. En general, son los hombres quienes emigran ante la demanda de obra masculina del desarrollo industrial vasco y de la industria extractiva peruana, lo que deja a las mujeres a cargo de casas, chacras, huertas, animales y trabajos comunitarios. En estos casos, además de desempeñar las mujeres todos estos trabajos sin reconocimiento jurídico y legal, también salvaguardan los valores ancestrales asociados a la comunidad, la cooperación y el respeto por el entorno, mientras los hombres asumen otros valores más competitivos, individualistas y en definitiva capitalistas en sus empleos asalariados. El caso vasco nos muestra más evidencias en este sentido. Debido a que los hombres son quienes tradicionalmente ostentan la titularidad de las tierras son ellos con quienes cuenta el sistema de ayudas que impone un cambio en el modelo productivo agrario. Así, son ellos quienes lideran los monocultivos en base a insumos químicos, mientras las mujeres continúan aplicando los conocimientos y prácticas que conocen para el sustento de las familias. Y son ellas quienes atesoran los conocimientos, prácticas y semillas afines a este modelo productivo ancestral. Es a ellas a quienes recurren las personas que se quieren instalar en el sector agrario desde una perspectiva de Soberanía Alimentaria. Y son ellas las que están aumentando las nuevas incorporaciones en el sector agrario vasco desde estos valores y estas prácticas respetuosas con el entorno. Es por ello que hemos partir de reconocer que la Soberanía Alimentaria tiene rostro de mujer (Vivas, 2008).

Partiendo de esta constatación, la definición de Soberanía Alimentaria que nace de la mano de La Vía Campesina es enriquecida a través de la alianza estratégica con la Marcha Mundial de Mujeres para incluir las demandas de las mujeres y que la Soberanía Alimentaria efectivamente suponga una democratización de las tomas de decisiones y de las relaciones en todos los ámbitos. Se trata de cambiar las relaciones del mercado internacional y entre personas productoras y consumidoras pero también entre hombre y mujeres. Para ello las personas campesinas han de tener acceso a recursos y bienes comunes, pero también las mujeres campesinas han de tener acceso igualitario a los mismos. Se debe garantizar un trabajo digno para las personas campesinas con salarios justos acorde con su trabajo, pero también una igualdad de salarios entre hombres y mujeres. Al fin y al cabo, al igual que es necesaria la autodeterminación de los pueblos, también lo es la autonomía económica y de decisión por parte de las mujeres. Así, el reconocimiento de las culturas y los conocimientos ancestrales viene acompañado de la valoración de los conocimientos atesorados por las mujeres y del mismo modo que la producción ha de ser agroecológica y culturalmente adecuada la reproducción ha de ser socialmente adecuada y compartida. Se trata de fomentar las economías y mercados locales en contra de las opresiones y explotaciones que se derivan de la economía globalizada pero también el derecho a una vida libre de opresión y violencia para todas las personas, en concreto las mujeres. En

suma, esta propuesta otorga a las mujeres el papel protagonista y experto lejos de la minusvaloración tradicional, por lo que no es de extrañar que en torno a esta propuesta las mujeres del Norte y del Sur se estén organizando para mejorar su situación.

VI. Las comunidades de las mujeres

“La organización con sus conflictos, con sus decisiones y dificultades también es una comunidad donde las mujeres pueden encontrarse y compartir”

Representante de organización que ha acompañado a la FENMUCARINAP

La agrupación de las mujeres en organizaciones ante todo es un espacio para ellas donde convivir y compartir, una salida de sus rutinas y problemas de los hogares. Gracias a ellas, como dice una de las vascas *“nos hacemos un favor a nosotras mismas”*. Estos casos nos van a mostrar diferentes maneras de articularse y organizarse que nos van a brindar aprendizajes interesantes. Veamos algunas características de cada una de ellas.

En el caso de EHNE nos encontramos con una organización mixta que articula a cuatro territorios históricos en los que las mujeres se organizan de maneras diferentes. En unos casos, las mujeres crean sus propios espacios de reflexión e incidencia (como colectivos de mujeres o áreas de la mujer), apostando por los aportes positivos para las mujeres y para la organización mixta de disponer de espacios de reunión, reflexión y trabajos propios de mujeres para poder aportar al debate y práctica mixta desde su perspectiva. En otros territorios históricos llevan a cabo una lucha *“codo con codo”* con los hombres sin crear espacios propios de mujeres, apostando por el componente transformador que trae consigo la participación de las mujeres en los órganos de decisión por medio de sus discursos y liderazgos. En cualquier caso, se trata de una lucha política mixta, en que la participación de las mujeres es incipiente, escasa y por tanto en inferioridad de condiciones, siendo una de sus principales inquietudes conseguir más participación por parte de las mujeres que permanecen en los baserris. Esta participación mixta les lleva a reflexionar sobre lo que van aportando en este *“mundo de hombres”* a través de lo que denominan sus *“diferentes formas de ver y funcionar”*. En este sentido, consideran estar inculcando otra manera más compartida y rotativa de ejercer el poder, apostando por delegar responsabilidad y confianza entre mujeres, así como otros intereses a los meros individualistas y economicistas que se encontraron al empezar a participar. De esta perspectiva, van emprendiendo Planes de Igualdad y formaciones en género para hombres y mujeres para ir poco a poco consiguiendo *“que el sindicato se dé cuenta de que no representa solo a los hombres”*.

Por su parte, la FENMUCARINAP es una organización de *“puro mujeres”* que se constituye ante la dificultad de poder ejercer en las organizaciones mixtas el rol protagónico como mujeres que les corresponde. Esto supone una ruptura y una novedad en el terreno peruano que es tachada por las organizaciones mixtas de *“querer dividir y destruir”* la movilización social ya debilitada y fragmentada. Esta confrontación inicial marca los objetivos y estrategias de esta organización apostando por la irrupción en la escena pública de la manera más arrolladora posible para, en palabras de una de las personas que les ha

acompañado, *“abrir espacios, colocar temas impertinentes, posicionar sus propias propuestas y en definitiva, hablar por las que no tienen voz”*. Es lo que una de las dirigentas de la FENMUCARINAP define como: *“si no quieren a la buena a la mala pero porque sabemos que nos corresponde*. Un buen ejemplo de ello lo encontramos precisamente en la manera en que la organización consigue la membresía de La Vía Campesina, ante la imposibilidad de conseguirla siguiendo el protocolo establecido. Debido a la negativa de las organizaciones mixtas peruanas de avalarlas como representantes nacionales de La Vía Campesina para que ellas también formen parte, cien mujeres de la FENMUCARINAP toman el Congreso de la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) de 2010 en Ecuador, demostrando que existen e integran las demandas de La Vía Campesina en la organización. Estas actuaciones vienen acompañadas de un estilo de liderazgo conscientemente provocador, que trata de incomodar a los hombres y concientizarlos, utilizando los mismos códigos y lenguajes que los hombres suelen utilizar contra las mujeres, como bromas y comentarios sexistas, para conseguir ser respetadas e incluso temidas. Todo ello lleva a las organizaciones que les han acompañado a considerarlas *“una travesura”, “una rebeldía”* y *“una entrada de aire fresco”* necesaria en el espacio político peruano.

Encontramos diferencias evidentes entre las estrategias y liderazgos que vienen explicadas por las necesidades de cada organización teniendo en cuenta los contextos en que se mueven. Mientras la organización peruana agrupa a mujeres dirigentas con una amplia trayectoria en liderazgo y en participación a distintos niveles y busca ocupar el espacio público, las mujeres de la organización vasca son mujeres agricultoras con mayores o menores niveles de participación en el ámbito agrícola que buscan sensibilizar sobre su situación e ir creando entornos más positivos para la implicación de las mujeres. Así, mientras la organización peruana abarca diferentes identidades como indica su extenso nombre y apuesta por la unión entre mujeres de diferentes ámbitos para crear un discurso articulado que posicionar pública y políticamente, las mujeres vascas sienten la necesidad de reivindicar su identidad baserritarra y diferenciarse de otras identidades. Como ya hemos comentado en el País Vasco se han ido abandonando los baserris como medio de vida, lo que ha hecho que sean utilizados por muchas personas como dormitorios en un entorno bucólico y tranquilo, mientras siguen llevando a cabo la mayor parte de su vida en entornos urbanos, aprovechando la cercanía de campos, pueblos y ciudades. Estas personas son personas rurales pero no baserritarras y tienen necesidades muy diferentes unas y otras, lo que es aprovechado por las instituciones y políticas para apoyar un desarrollo rural y no baserritarra. En concreto, las mujeres entrevistadas tienen muy clara la instrumentalización del término “mujer rural” en detrimento del de “mujer agricultora”. Para ellas es un mecanismo para restar importancia a las demandas de las mujeres agricultoras que son tratadas como *“monos de feria”* o *“una especie en peligro de extinción”*, además de para separar a las mujeres y entorpecer su lucha conjunta. Así, mientras para la FENMUCARINAP el día de la Mujer Rural es un día básico de sus luchas anuales donde aprovechan para visibilizar y demandar sus necesidades, las vascas no consideran ese día como propio y su día de celebración básico es el 8 de marzo en conjunto con el

resto de las mujeres. Esto nos muestra otra de las diferencias y distintas estrategias que nos brindan los contextos diferenciados del Perú y el País Vasco.

Por último, es interesante ver la relación que ambas organizaciones han ido estableciendo con los discursos feministas. Ambos casos nos muestran los prejuicios de las mujeres de entornos agrarios a los feminismos teniendo en cuenta que los más conocidos se han desarrollado desde entornos urbanos y occidentales y por tanto suele existir desconocimiento de otros feminismos con los que sentirse más identificadas⁸. Así lo expresa una de las baserritarras: *“en principio feminismo suena a urbano, pero en realidad todas son feministas lo que pasa es que no lo saben. La política que se ha utilizado de poner a las mujeres en contra de las mujeres sigue funcionando”*. Mientras una peruana lo expresa de este modo: *“Ahora soy feminista, siempre lo he sido, pero ahora asumo más este reto porque yo no sabía que ser feminista era defender a las mujeres”*. Para la FENMUCARINAP, la alianza estratégica con el movimiento feminista es desde los inicios de la propia organización, como único sector social que podía propiciar los apoyos necesarios para la creación de una organización de estas características, tal y como lo expresa una de las fundadoras: *“Al hablar de derecho de mujeres siempre se les veía a las mujeres de la ciudad y una campesina nunca hablaba de sus derechos. La idea era que las campesinas impulsemos también esas luchas con ellas y hacer una alianza perfecta para poder capacitarnos con ellas y nosotras también le poníamos el puche”*. Esta alianza estratégica ha contribuido a que estas mujeres vayan *“tumbando los prejuicios contra los feminismos”* y vayan articulando un discurso que va más allá de las demandas propiamente campesinas. Es lo que una de las vascas llama *“rompiendo un poco la distancia esa entre el feminismo y las mujeres baserritarras y el choque urbano- rural por otro”*. Para seguir aportando en romper distancias y crear puentes veamos a continuación qué aprendizajes nos pueden brindar a todas las organizaciones estas mujeres campesinas organizadas en el Norte y en el Sur.

VII. Aprendiendo a bailar en el contexto actual

“Si no puedo bailar no es mi revolución”

Frase atribuida a Emma Goldman (1869-1940)

Para poder aportar al debate general de las luchas por la tierra en América Latina y en el mundo global, hemos de partir por reconocer los procesos de cambio inminentes que acompañan a las mismas. Esto supone un reto bien complicado para aquellas organizaciones de larga trayectoria que se encuentran con múltiples dificultades para adaptarse al contexto actual. También lo es para la mayoría de dirigentes de largas trayectorias que han recibido una formación y han vivido unas experiencias que tal vez tampoco ayuden demasiado a adaptarse a los nuevos tiempos. Veamos qué podemos aprender de las organizaciones que hemos venido acompañando.

⁸ Para introducirse en discursos y prácticas feministas desarrollados desde América Latina, se recomienda partir de la reflexión académica que nos brinda María Lugones (2014) y de la recopilación de feminismos indígenas que nos proporciona Francisca Gargallo (2013).

De las mujeres peruanas, lo primero que podemos aprender es de esa irreverencia, valentía y temeridad, acompañadas de la dignidad necesaria para no dar un paso atrás ante las demandas propias de las mujeres y de las dosis de sentido del humor necesarias para que la lucha merezca la pena. Gracias a esta terquedad la organización ha conseguido encontrar las maneras de sostenerse en el tiempo y pasar de recibir un amplio rechazo de las organizaciones sociales a estar posicionadas en espacios como la Cumbre de los Pueblos en torno a la COP20 o la CLOC- Vía Campesina donde tienen la palabra y la legitimidad para poder marcar los puntos de vista de las mujeres. En este proceso han demostrado tener una capacidad de movilización masiva de mujeres y de generar consensos y buenas relaciones de alianzas con otras organizaciones, máxime teniendo en cuenta los conflictos generados a raíz de su constitución. Así lo expresa una de las fundadoras: *“los compañeros lo están entendiendo y ya no nos ven a la FENMU como las malas que quieren dividir sino que ya nos tienen en la boca, no nos quieren masticar todavía y mucho menos pasar pero ya nos saborean”*. Para ellas, ha quedado demostrado que lejos de dividir la lucha social han logrado fortalecerla, lo que supone un aprendizaje importante para el debate y la práctica organizativa en general.

En este trayecto han ido construyendo sus propias demandas, dinámicas y agendas en torno a la identidad múltiple que les define que ha ayudado a que ésta sea mucho más rica, emancipadora y abierta a aglutinar discursos que no suelen estar presentes en la lucha campesina tradicional. De esta forma, además de demandar la invisibilidad del rol de las mujeres en la defensa del territorio, han sabido unir de manera ejemplar la defensa de la soberanía alimentaria y la autonomía sobre los territorios, con la defensa y autonomía sobre los propios cuerpos, y en definitiva, la equivalencia entre la defensa de las vidas colectivas y las vidas propias como mujeres. Además, a los temas propios de las campesinas como la importancia de sus conocimientos ancestrales para la salud de los cuerpos, suman temas de fondo y tan inesperados en el discurso de las mujeres del campo como el orgasmo, el placer, el aborto, las violaciones dentro de los matrimonios o los temas relacionados con la identidad sexual y las formas de vivir la sexualidad de maneras no convencionales. Así, el hecho de oír a una campesina diciendo “yo soy políticamente lesbiana” o “tengo un clítoris de 17 cm” no solo logra descolocar a los dirigentes masculinos de las organizaciones de acá, sino que deja con la boca abierta a la feminista más radical del Norte. Supone la evidencia de que han logrado construir una agenda política como mujeres que ponen en el centro las relaciones de poder y llevar a la práctica de manera efectiva aquello de *“tu lucha es mi lucha”*. Esto no ha quitado protagonismo a su componente simbólico y espiritual ancestral como nos muestran a través de sus ya popularizadas místicas, que dan pie a eventos y reuniones, como acto inaugural en agradecimiento a la Pachamama. Este componente espiritual forma parte de su forma de hacer política y de nuevo nos demuestra la capacidad de integrar y aglutinar de esta organización sin perder su identidad múltiple y de hecho enriqueciéndola.

Ante todos estos novedosos aprendizajes, la lucha política de las mujeres vascas en espacios mixtos puede parecer descafeinada como descafeinados sus resultados, ya que la negociación y la transformación de estas estructuras

tradicionalmente masculinas y machistas supone un proceso mucho más lento, pero desde esta comunicación no queremos decir que por ello sean menos importantes. De hecho, la búsqueda que llevan a cabo estas mujeres de *“liderazgos femeninos”* que ayuden a cambiar las estructuras y formas masculinas tradicionales de hacer política que hemos mamado tanto en el Norte como en el Sur resultan cuanto menos admirables. Supone ni más ni menos que intentar construir organizaciones sociales menos verticales, jerárquicas y caudillistas y más horizontales, colectivas y rotativas. Esto nos aporta una reflexión importante a plantearse toda organización social que se quiera adaptar a los nuevos tiempos y nos brinda aprendizajes interesantes gracias a esta búsqueda de horizontalidad. En primer lugar, se traduce en una estructura y organización descentralizadas que les lleva a priorizar lo local sobre lo nacional apostando por el trabajo desde sus baseris, pueblos y localidades, a través de mecanismos como la dinamización por comarcas, en lugar del tradicional desplazamiento de las personas del campo a las ciudades. En segundo lugar, esta convicción de no querer cumplir lo que ellas llaman un *“patrón masculino”* trasciende del ámbito de la participación política y se plantea también a la hora de emprender un negocio y ejercer su actividad agrícola, lo que les lleva a estrategias de unión y cooperación interesantes. Por un lado, apuestan por grupos de mujeres para llevar a cabo la producción, que las permita organizarse a su manera y escapar de las lógicas subyacentes a la organización familiar heterosexual patriarcal convencional que tiende a sobrecargarlas y a las lógicas capitalistas que las obliga a la competencia individual. Por otro lado, es de destacar la unión entre personas productoras y consumidoras que está permitiendo salvaguardar el modo de vida baseritarra y apostar por la alimentación y relaciones deseadas sin esperar a que cambien las dinámicas generales. Se trata sobre todo de la compra directa de canastas o cestas solidarias a las personas productoras a través de grupos de consumo, asociaciones y cooperativas de personas consumidoras.

A nivel de implicación personal en estas organizaciones, las mujeres vascas se encuentran en la búsqueda de que ésta sea compatible con sus trabajos, sus tiempos, sus cuidados y en definitiva sus vidas. Esto nos lleva a replantearnos esta mentalidad clásica de izquierdas que ensalza el sacrificio personal para el bienestar de las organizaciones. No debemos olvidar que esta idea fue popularizada por hombres que se podían permitir dedicarse prácticamente en exclusiva a hacer política porque las mujeres de su entorno (sean esposas, madres, hermanas o abuelas) se encargaban de alimentarlos, vestirlos y cuidarlos. Así, podían permitirse velar por el bienestar de las organizaciones porque otras personas velaban por su propio bienestar. Evidentemente esta manera de hacer política es totalmente incompatible con las vidas de esas mujeres que se tienen que encargar del bienestar propio y ajeno, pero también lo es para todas las personas en la medida en que estos trabajos domésticos y de cuidados se van a ir repartiendo cada vez más. Los testimonios de muchas mujeres de la FENMUCARINAP nos dan muestras de como su implicación con la organización supone sacrificar su propio tiempo, salud y autocuidados, y algunas de ellas se sinceran acerca del peso de por vida que acarrear por ello. Sin embargo, también nos muestran el apabullante avance logrado de esta forma y sus impresionantes resultados, por lo que una de ellas lo tiene así de claro: *“para tratar de avanzar así tiene que ser, porque si nosotras no vamos a*

querer hacer ese trabajo múltiple no vamos a llegar donde queremos llegar. Si vamos a querer todo el tiempo posible no vamos a avanzar". Ante esta disyuntiva solo podemos plantearnos: ¿es el precio que tienen que pagar las mujeres para ocupar espacios de decisión e incidencia? ¿Estamos dispuestas a pagar ese precio? O ¿tal vez es necesario propiciar otros mecanismos para solucionar la sobrecarga de las mujeres?

Hemos visto como las mujeres van ideando estrategias conjuntas para afrontar las dificultades que esta sobrecarga producen en sus vidas. También cómo se van articulando como organizaciones de mujeres y con los movimientos feministas para ir retroalimentando discursos y prácticas. Es un proceso que se está dando a nivel mundial en la búsqueda de alianzas entre las mujeres organizadas del Norte y del Sur, del campo y la ciudad. Sin embargo, la respuesta a estas preguntas no es un asunto de mujeres sino que es un asunto de interés social y político. Esto supone que las propias organizaciones que luchan por la tierra se planteen la manera en que están favoreciendo o entorpeciendo la participación de las mujeres, teniendo en cuenta la lucha constante que éstas llevan a cabo desde la sencillez de sus complicadas vidas. Y también que se planteen la manera en que están dispuestas a fomentar otras estructuras y liderazgos que les beneficie para adaptarse al contexto actual y que beneficie a sus integrantes en adaptar sus luchas a los ritmos de la vida y de la tierra. Por último, se trata de plantearse la manera en que reproducimos aquello contra lo que pretendemos luchar. Difícilmente vamos a poder conseguir cambios en el mundo global si no conseguimos llevar esos cambios al interior de las organizaciones.

En este sentido no podemos dejar de hacer una mención especial a la cooperación internacional, máxime teniendo en cuenta que los sujetos de moda de la misma ahora mismo son las mujeres indígenas y campesinas. Algunas organizaciones peruanas con las que se ha podido conversar consideran que la cooperación ha contribuido a que se desmovilicen, pierdan autonomía y en definitiva al debilitamiento de las mismas. Por el contrario, si tomamos el caso del País Vasco merece la pena plantearse hasta qué punto la movilización por parte de las personas consumidoras tiene que ver con la falta de ayuda cooperante, que permite que las propias personas se den cuenta de que son las responsables únicas y directas de los procesos de cambio. Con estas reflexiones no se trata de demonizar las Organizaciones No Gubernamentales y de Desarrollo (ONGDs) locales e internacionales pero sí de hacer una llamada de atención a los impactos que se consiguen, a las relaciones que se establecen y a la apuesta por la autogestión y autosuficiencia con la que las organizaciones han sobrevivido y sobreviven sin ellas.

En última instancia, se trata de construir organizaciones que tengan la dignidad de no dar un paso atrás, la capacidad de movilizar y de generar consensos y posicionamientos, de articular discursos inclusivos y aglutinadores, sin perder el componente espiritual ancestral ni el sentido del humor, como nos enseña la FENMUCARINAP. Pero también de construir organizaciones que no reproduzcan patrones masculinos caducos, que busquen otros liderazgos, implicaciones y prácticas agrarias que sean compatibles con las vidas y que nos lleven a priorizar la horizontalidad y lo local en todas sus formas, como nos

enseñan las mujeres de EHNE. Se trata de organizaciones que no pierdan de vista la autoevaluación constante que les permita llevar a cabo luchas serias y comprometidas, pero también reinventarse para aprender a bailar en el contexto actual.

VIII. Bibliografía

Biglia, Bárbara (2014): "Avances, dilemas y retos de las epistemologías feministas en la investigación social" en VVAA: *Otras formas de (re)conocer. Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista*, Hegoa y SIMReF, 21-44.

Euskal Estatistika Erakundea- Instituto Vasco de Estadística (EUSTAT, 2015): *Estadística de proyecciones de población (RPM)*.

Gargallo Francesca (2013): *Feminismos desde Abya Ayala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en nuestra América*, Buenos Aires, América libre.

Grupo Género y Economía (2013): *El trabajo de las mujeres rurales en la pequeña agricultura y su aporte a la soberanía alimentaria*, Red Boliviana de Mujeres Transformando la Economía (REMTE), La Paz.

Haraway, Donna (1995): *Ciencia, cyborgs, mujeres: la reinvención de la naturaleza*, Madrid-Valencia: Cátedra e Instituto de la Mujer D. L. (1995)

Harding, Sandra (1987): "Is there a feminist method?" en Harding, Sandra (ed): *Feminism and methodology*, Bloomington/ Indianapolis, Indiana University Press.

Instituto Nacional de Estadística e Informática (2009): *Perú: Estimaciones y Proyecciones de Población Total, por Años Calendario y Edades Simples, 1950-2050*, Lima, 25.

León, Magdalena y Senra, Lidia (2009): "Las mujeres gestoras de la Soberanía Alimentaria" en: Entrepueblos: *Las mujeres alimentan el mundo. Soberanía alimentaria en defensa de la vida y el planeta*. Entrepueblos, Barcelona, 17- 37.

Lugones, María (2014): "Colonialidad y género", en ESPINOSA MINOSO, Yuderkys, Diana GÓMEZ CORREAL y Karina OCHOA MUÑOZ (eds.): *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*, Editorial Universidad del Cauca, Popayán, 57-74.

Platero, Raquel (Lucas) (2014): "¿Es el análisis interseccional una metodología feminista y queer?" en VVAA: *Otras formas de (re)conocer. Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista*, Hegoa y SIMReF, 79-95.

REAS (2011): *Carta de Principios de la Economía Solidaria*. Red de Redes.

Urretabizkaia Gil, Leticia (2015): "Ekonomia Sozial eta Solidarioa; landako eta feminista?" ("Economía Social y Solidaria; campesina y feminista?") en Revista Vasca de Economía Social - Gizarte Ekonomia Euskal Aldizkaria, Gezki, Universidad del País Vasco- Euskal Herriko Unibertsitatea.

- (2013): "Experiencias prácticas ricas y diversas desde el consumo. Introduciendo la mirada feminista" en Xarxa de Consum Solidari y Marcha Mundial de las Mujeres: *Tejiendo alianzas para una vida sostenible Consumo crítico, feminismo y soberanía alimentaria*, Barcelona, 143- 160.

- (2012): "Perspectivas y vivencias de las mujeres baserritarras: Incidencia Política y Soberanía Alimentaria" en De Gonzalo Aranoa, Isabel y Urretabizkaia Gil, Leticia: *Las Mujeres Baserritarras: análisis y perspectivas de futuro desde la Soberanía Alimentaria. Incidencia y políticas públicas en el marco de la actividad agraria y el desarrollo rural*, Emakunde, Barserripress, Bilbao, 57- 107.

Vivas, Ester (2008): "La Soberanía Alimentaria en manos de las mujeres" en *El Viejo Topo* nº 239.